

EDITORIAL

INTERCAMBIO MUSICAL CON EL PERÚ

En los países europeos y en la Estados Unidos es muy frecuente que, aprovechando la proximidad de las grandes ciudades, exista un activo movimiento de intercambio musical, que se extiende hasta la organización de jiras en que participan las orquestas sinfónicas. No es raro hallar noticias de conciertos dados por las grandes orquestas de Boston, Filadelfia y New York en ciudades alejadas de estas capitales y aún en ciudades pequeñas; antes de la guerra, era corriente en Europa escuchar a directores como Beecham, Mengelberg, Furtwaengler y Toscanini en temporadas que, en París o en Londres, daban a conocer grandes conjuntos alemanes, holandeses o italianos.

Este movimiento de intercambio hemos podido verlo iniciado, pese a las grandes distancias y a las extremas dificultades de comunicación por que atraviesa este continente, con la jira organizada por la Municipalidad de Viña del Mar, que trajo a Chile la Orquesta Sinfónica Nacional del Perú. Es ésta la primera vez que uno de los conjuntos estables e importantes de América Latina cruza las fronteras en un gesto fraternal de acercamiento.

Cuando Armando Palacios anunció hace algunos meses su proyecto de incluir en la Semana Peruana, junto a exposiciones e invitaciones oficiales, un viaje de la Orquesta Sinfónica de Lima, debemos confesar que ninguno de nosotros creyó posible el éxito en esta que parecía quimérica empresa. Palacios fué a Lima, movió el ambiente, habló con grandes y chicos, y su entusiasmo pudo romper todas las objeciones que la salida de la Orquesta Sinfónica parecía levantar como impedimentos insalvables. Y como la fe mueve montañas, todos los caminos se allanaron y nosotros en Chile

pudimos tener la gran sorpresa y el placer muy sincero de aplaudir al conjunto peruano en los teatros de Viña del Mar, Santiago y Valparaíso.

Decimos que hubo sorpresa en la audición de la Sinfónica de Lima, porque nuestros compañeros del Perú habían hecho tantas declaraciones acerca de la juventud de su Orquesta, de lo poco que habían logrado en este comienzo y de los elementos no siempre equivalentes con que cuentan, que habían acabado por disponernos a todos una actitud de benevolencia y, en cierto sentido, de cortesía internacional.

Bueno es que digamos que estas modestas disculpas resultaron enteramente innecesarias desde que la Orquesta Sinfónica de Lima se presentó en nuestros teatros. El Perú ha logrado en cortos años formar un conjunto real y verdadero, valioso, disciplinado y digno de orgullo. La Orquesta Sinfónica de Lima, como todas las orquestas nuestras, sin exceptuar la de Chile, podrá no ser comparable con los grandes conjuntos ya centenarios de Nueva York o Berlín, pero representa un esfuerzo plenamente logrado y la existencia de una agrupación musical que es una herramienta de primer orden para la difusión de la cultura y para la creación de un ambiente artístico en la república del norte. El maestro Buchwald ha hecho una labor que debemos aplaudir sin reservas y que pudimos apreciar a través de diferentes estilos y de sonoridades que evidenciaron un potencial rico y un adiestramiento bien logrado.

El viaje de la Orquesta Sinfónica de Lima no sólo ha servido para establecer preciosos vínculos de compañerismo y de estimación artística entre los músicos peruanos y chilenos; ha contribuído seguramente a una mejor estimación del conjunto limeño en su propia tierra y nos ha demostrado a los chilenos que nuestro esfuerzo y las luchas que significó la fundación de la orquesta estable en Santiago no están solos ni constituyen una excepción que encierre para Chile un cargo. Todas las orquestas en los países latino americanos han nacido en medio de agudas crisis y de controversias, en que fué necesario sacudir una tradición que era manifiestamente adversa a las instituciones musicales.

La Orquesta Sinfónica de Lima fué bien apreciada en nuestro medio, tuvo críticas elogiosas y oímos a más de uno de los componentes de la orquesta chilena citar como un ejemplo aspectos y perfecciones del conjunto peruano. Esto hará que los gobernantes del Perú, que felizmente pudieron presenciar estos éxitos y este recibimiento caluroso, sostengan con generosidad, defiendan e impulsen

la estabilidad y el progreso de la Orquesta Sinfónica Nacional del Perú. La iniciación de este intercambio orquestal ha hecho pensar a muchos (y entre ellos a los directores de las entidades musicales del Perú y de Chile) que ya ha llegado la hora en que éste debe volverse sistemático y en que debemos hacer máximos esfuerzos para extenderlo, por de pronto, entre los países del Pacífico que parecen ser los que de un modo más natural se aproximan entre sí. Si las jiras de las orquestas pueden hacerse entre capitales tan distantes como Lima y Santiago y en un viaje directo, no hay razón para que estas iniciativas no cubran las ciudades intermedias y, desde luego, incluyan a Bolivia, que cuenta ya con un buen conjunto nacional. Igualmente deseable sería el establecimiento de relaciones similares con la Orquesta Sinfónica del Sodre, en Montevideo, cuya organización y características tienen mucha semejanza con las de nuestro Instituto y con las que dependen del Consejo Directivo de la Cultura Musical del Perú.

En el curso de la visita que los artistas peruanos hicieron a Chile, tuvimos el gusto de recibir al Dr. don José Jiménez Borja, Director General de Educación Artística y Extensión Cultural, con quien se echaron las bases de un relacionamiento permanente entre nuestros países. No hay, sin duda, ningún país americano con quien Chile tenga un contacto más legítimo y más natural que con el Perú: largos siglos de unidad política y de vida intelectual, aseguran una fisonomía a nuestras gentes que fácilmente se hermanan en una amistad y una comprensión enteramente espontáneas. No es admisible aferrarse al recuerdo de los años de incompreensión que hubo en el siglo pasado y que olvidemos toda una historia común, toda una vida estrechamente vinculada y las relaciones innumerables que entre las familias del Perú y Chile establecen un espíritu de similitud que sólo puede manifestarse en donde corre una sola sangre. Esta fraternidad sincera, sin reticencias y perfectamente leal, pudimos sentirla una vez más al ver con emoción a nuestras orquestas reunidas, al presenciar la naturalidad con que se estableció la amistad entre los nacionales peruanos y chilenos que hay en ellas y al conocer a las autoridades artísticas del Perú, que de un modo tan sencillo y tan franco expusieron entre nosotros sus anhelos y sus problemas.

El viaje de la Orquesta Sinfónica de Lima no es, pues, sólo una efeméride más en los anales de la cultura musical de este continente. Significa la creación de un principio de unidad interamericana que ha de redundar en muchas y útiles proyecciones para el

futuro. Se ha hablado y se proyecta una visita de la Orquesta Sinfónica de Chile a Lima; ojalá este viaje pueda ser realizado y aun extendido, no sólo al Perú, sino a otros países del norte, ya que nuestra vida artística no puede seguir enclaustrada entre la cordillera y el mar y que, atenuado el fervor que muchos países demostraron hacia América Latina en los momentos difíciles de la guerra mundial última, es entre nosotros, entre las naciones ibero-americanas, en donde debemos buscar el apoyo más estable y la comprensión más permanente.